La sirena varada
Alejandro Casona



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Comedia en tres actos

Premio "Lope de Vega" 1933

A

Margarita Xirgu, sirena de mar y tierra.

ACTO PRIMERO

En un viejo caserón con vagos recuerdos de castillo y de convento, pero amueblado con un sentido moderno y confortable. En los muros, pinturas a medio hacer, de un arte nuevo que enlaza con los primitivos. Disimuladas entre cactus, luces indirectas, verdes y rojas. Una grata fantasía en el conjunto. En el ángulo derecho una ventana con enredaderas y escalerilla de acceso. Un grueso arco, al fondo, cierra en cristalería sobre el mar; juega en él una espesa cortina. Abierta en el regrueso izquierdo del arco, la pequeña poterna por donde entra el Fantasma. Primeros términos, puertas laterales. Es de noche.

DON FLORÍN.—*(Asomado al ventanal. Entra Pedrote, con un pequeño servicio.)*

PEDROTE.
Son ya más de las dos de la madrugada; es imposible que siga usted así sin tomar por lo menos un bocado.

FLORÍN.
¿Crees que tardará Ricardo aún?

PEDROTE.
¿Y quién puede saberlo? El señorito hace una vida desordenada del todo.

FLORÍN.
¿Acostumbra a pasar las noches fuera de casa?

PEDROTE.
¡Las noches! El señorito no sabe nunca cuándo es de día ni de noche. Hoy se ha levantado a las seis de la tarde; salió, como siempre, sin decir a dónde, y seguramente cuando vuelva pedirá el desayuno. Desengáñese, don Florín, lo mejor es que tome usted un bocado y si don Ricardo tarda, no estará de más que se acueste. Ya le he preparado una habitación.

FLORÍN.
Bien, tomaré cualquier cosa; estoy dispuesto a esperar.

PEDROTE.

Tenemos una despensa algo extraña; aquí, tan lejos de cualquier ciudad, no es fácil abastecerse, y al señorito le trae todo sin cuidado. La semana pasada nos estuvimos alimentando con ron y galleta de mar; rarezas suyas. *(Sirve.)*

FLORÍN.
Siempre fue Ricardo un tipo extravagante; pero esta salida última sobre todo me tiene en un mar de confusiones. ¿Tú sabes lo que se propone rompiendo con el mundo y retirándose a este desierto?

PEDROTE.
Que está aburrido; como es joven y rico y lo ha andado todo, pues no sabe cómo pasar el rato. Y cada temporada le da por una cosa.

FLORÍN.
¿Y tú a seguirle el aire, no?

PEDROTE.
Yo quiero al señorito de corazón; adonde vaya él, allá va Pedrote. Y aquí estamos.

FLORÍN.
Bien, pero ¿y aquí qué hacéis?

PEDROTE.
Nada.

FLORÍN.
¡Soberbio! *(Irónico.)* La casa es deliciosa. ¿Os la alquilaron así?

PEDROTE.
Quiá; era un caserón inhabitable. Don Ricardo lo hizo arreglar a su gusto.

FLORÍN.
Pues también se necesita gusto. ¿Vivís completamente solos? ¿No andará por ahí escondida alguna dama?...

PEDROTE.—*(Con cierta melancolía.)*
Ay, damas... También aquello pasó. Ahora vivimos con un fantasma; y desde hace unos días nos acompaña don Daniel, un pintor que anda siempre con los ojos vendados.

FLORÍN.
¿Un fantasma has dicho?

PEDROTE.
Sí, señor.

FLORÍN.
Pero ¿cómo un fantasma?; ¿qué quieres decir?

PEDROTE.

Un fantasma auténtico, de los que ya no quedan. Nosotros todavía no le conocemos; pero el dueño de la casa lo incluyó en el contrato, y los vecinos de por aquí lo han visto algunas veces, con la luna, sobre la terraza. El señorito está interesadísimo por él y me tiene mandado dejarle de comer todas las noches. *(Presta oído y va a la ventana.)* El señorito Ricardo y don Daniel.

FLORÍN.
Gracias a Dios.

PEDROTE.
Un momento; voy a abrirles y avisar. Buen alegrón al saber que está usted aquí. *(Sale. Poco después reaparece con Ricardo y Daniel. Ricardo es joven; viste con despreocupación agradable y tiene en la alegría de la voz un dejo de tristeza. Daniel, de tono y ademanes lentos, lleva los ojos vendados y siempre destocada la cabeza.)*

DON FLORÍN, PEDROTE, RICARDO y DANIEL

RICARDO.
¡Querido doctor! *(Corriendo a sus brazos.)* ¡Ah, viejo zorro! ¿Ya ha logrado usted descubrir mi refugio?

FLORÍN.
Una casualidad, Ricardo. Saberlo y correr acá fue la misma cosa.

RICARDO.
¿Sabía usted que era un secreto?

FLORÍN.
Ni siquiera eso.

RICARDO.
Me tranquilizo; así no se lo habrá contado usted a nadie. Bien, querido, está visto que de usted no me libraré jamás. Ah, tengo que presentarles: Daniel Roca, pintor, hombre de gran talento a pesar de sus muchos años. Un verdadero encanto; nos conocimos hace cuatro días y ya somos amigos de toda la vida. Don Florín Nisal, médico y confesor de mi familia; lo que se llama una persona razonable y bien educada; pero, a pesar de todo, un gran muchacho.

FLORÍN.
Gracias. *(A Daniel.)* Y mucho gusto. Si, por lo que veo, puedo serle útil...

DANIEL.
Oh, no, afortunadamente.

RICARDO.

Ya salió el médico. No es eso; lo que le pasa a Daniel es que es un pintor serio. Que se ha cansado de ver siempre los mismos colores y se ha vendado los ojos una temporada para olvidarlos y pensar otros nuevos. *(Riendo.)* ¿Comprende? Cosas nuestras, no haga caso. *(A Pedrote.)* Espero que habrás atendido a don Florín.

PEDROTE.
Hice lo que pude. Le he dado a comer en la medida de nuestras fuerzas, he procurado entretenerle y le he preparado una cama.

FLORÍN.
En la que ya me iba a meter. ¿Tú te das cuenta de la hora que es?

RICARDO.
Nunca.

FLORÍN.
Pues van a dar las tres.

RICARDO.
¿De la mañana o de la tarde?

PEDROTE.
De la mañana, señor.

RICARDO.
Muy bien; tráeme el desayuno. Usted ya veo que nos ha tomado la delantera. ¿Tú, Daniel?

DANIEL.
Nada; voy a acostarme en seguida.

RICARDO.
Para el fantasma, como siempre; queso y una escudilla de leche.

PEDROTE.
Imposible, señor; desde ayer no hay leche.

RICARDO.
¿Entonces?

PEDROTE.
Ayer le puse una botella de ron. Bebió casi la mitad.

RICARDO.
Excelente; me parece muy bien eso en un fantasma del litoral. Repítele el ron y añádele unas aceitunas. *(Sale Pedrote. Daniel se sienta un poco aparte y se pone a hojear una revista, sin quitarse la venda, por supuesto. Desperezándose.)* Y ahora, doctor, ríñame lo que quiera; estoy a sus órdenes.

FLORÍN.

¿Reñirte? ¿por qué? No me asustan tus extravagancias; vales bastante para que se te perdonen. Sólo venía a descansar una semana contigo, si no te estorbo mucho. Y a traerte un saludo de tu familia.

RICARDO.
Es verdad, no me acordaba que todavía tengo por ahí unas parientes. ¿Qué tal tía Águeda? Haciendo tómbolas y asistiendo a primeras piedras, ¿no? ¡Buena mujer! ¿Y la prima Julita?

FLORÍN.
Acordándose mucho de ti. Sigue creyéndose tu prometida.

RICARDO.
¡Todavía! Hombre, es demasiado; me la prometió su padre cuando la pusieron de largo; pero no creí que pasara de ser una amenaza.

FLORÍN.
Delicadísimo. Me explico que tía Águeda esté horrorizada de ti: "Por Dios, don Florín, ese sobrino, ese cordero negro; tráigalo al redil".

RICARDO.
¿Y viene usted a eso?

FLORÍN.
No, hombre; ya te he dicho que vengo a descansar junto a ti unos días; nada más.

RICARDO.—*(Tranquilizándose.)*
¡Ah!

FLORÍN.
Y a saber de tu vida. Me han dicho que tienes grandes proyectos. ¿Pueden saberse?

RICARDO.
¡Oh!...

FLORÍN.
¿Qué te propones? ¿Qué vas a hacer aquí?

RICARDO.
Es algo complicado. Por lo pronto voy a fundar una república.

FLORÍN.
Muy platónico.

RICARDO.
Una república de hombres solos donde no exista el sentido común.

FLORÍN.
¡Admirable! ¿Y para cuántos días?

RICARDO.
Para siempre.

FLORÍN.
Demasiado; ya serán unos días menos.

RICARDO.
Le estoy hablando en serio. Encuentro que la vida es aburrida y estúpida por falta de imaginación. Demasiada razón, demasiada disciplina en todo. Y he pensado que en cualquier rincón hay media docena de hombres interesantes, con fantasía y sin sentido, que se están pudriendo entre los demás. Pues bien: yo voy a reunirlos en mi casa, libres y disparatados. A inventar una vida nueva, a soñar imposibles. Y todos conmigo, en esta casa: un asilo para huérfanos de sentido común.

FLORÍN.
Buen programa; como para proponérselo a tu tía Águeda. ¿Y crees que encontrarás esos hombres?

RICARDO.
Allá veremos. *(Por Daniel.)* Por lo pronto ya somos dos y hace unos días era yo solo. ¿Ve usted? Ese hombre, que es capaz de vivir a oscuras porque le aburren los colores, ese es de los míos.

FLORÍN.
Ese hombre... Pero, ¿qué hace?

DANIEL.
Nada, estaba viendo esta revista; no merece la pena. *(La deja y enciende un pitillo.)*

FLORÍN.—*(Poniéndose grave.)*
Por lo visto lo habéis tomado en serio.

RICARDO.
Imaginación, ya se lo he dicho. Le estaba hablando de nuestros proyectos, ¿sabes, Daniel? Pero no tengas miedo; este razonable señor no formará en nuestra república.

FLORÍN.
¡Yo! ¡Dios me libre!

RICARDO.
Los nuestros han de ser muy otros: extravagantes, magníficos. Y a nuestra puerta habrá un cartel diciendo: "Nadie entre que sepa geometría".

FLORÍN.
¡Bravo; arreglado el mundo! Ya me gustaría ver cómo se puede hacer una vida toda de fantasías.

RICARDO.
Muy sencillo... para nosotros. Para usted, imposible. Un ejemplo: ¿usted ve ese árbol que hay ahí?

FLORÍN.—*(Ingenuo.)*
¿Dónde?

RICARDO.—*(Señalando al centro de la escena.)*
Ahí.

FLORÍN.
Pero Ricardo...

RICARDO.
Pues yo sí. Ahí está toda la diferencia. ¿Tú lo ves, Daniel?

DANIEL.
¡Hermoso roble!

FLORÍN.—*(Resoplando.)*
Tururú. *(Irónico otra vez.)* ¿Y esto es lo que has venido a hacer aquí, los grandes proyectos? Vamos, no seas niño.

RICARDO.
¡Niño! ¡Qué más quisiera! *(Triste un momento.)* ¡Pero no como lo fui yo! *(Recobrándose.)* No hablemos de eso. *(A Pedrote, que entra con el servicio.)* Cuidado con ese árbol, Pedrote.

PEDROTE.—*(Deteniéndose.)*
No me había fijado. *(Da un rodeo para llegar a ellos.)* El café.

FLORÍN.—*(A Pedrote.)*
Pero ¿también tú?

RICARDO.—*(Ríe.)*
Aquí todos, no se enfade.

FLORÍN.
¿Enfadarme? ¡Quiá! Si fuera otro pensaría que estaba en una casa de orates. Pero ya te conozco: carnavalada para unos días, y a aburrirse otra vez en el mundo. Neurastenia.

RICARDO.
Pongamos neurastenia. El café, excelente, Pedrote. ¿Preparaste la cena del señor fantasma?

PEDROTE.
Sí, señor.

RICARDO.
¿Le había dicho a usted que teníamos un fantasma, don Florín? Lo alquilé con la casa, pero no funciona. Quizás sea mejor así; estos fantasmas de provincias...

FLORÍN.

Bueno está lo bueno, Ricardo. No es que yo crea en tales cosas; pero no me parece broma de buen gusto.

RICARDO.
¡Tampoco eso! Pues, señor, estoy viendo que acabamos echándole a usted por una ventana. ¡Y con lo que yo le quiero, abuelo!

DANIEL.—*(Levantándose.)*
Don Florín.

FLORÍN.
¿Se va usted ya?

DANIEL.
Perdone a Ricardo; es un tirano. Mañana hablaremos despacio. ¿Amigos?

FLORÍN.—*(Le estrecha la mano.)*
Amigos. Hasta mañana.

DANIEL.
Buenas noches, Ricardo. *(Sale del brazo de Pedrote.)*

DON FLORÍN, RICARDO. PEDROTE, un momento

FLORÍN.
Pero este hombre...

RICARDO.
Déjele, es su capricho. Si le molestara la venda ya se la quitaría.

FLORÍN.
El demonio que os entienda a vosotros.

RICARDO.—*(Después de una pausa.)*
Dígame, don Florín: ¿cree usted, de verdad, que era mejor lo otro?

FLORÍN.
¿Qué otro?

RICARDO.
Mi vida de antes; y aquellos años de niño...; la casa de mi padre.

FLORÍN.—*(Sin saber qué decir.)*
La casa de tu padre era un noble hogar.

RICARDO.

Sí, pero bien triste. Yo recuerdo a mi madre como una sombra rígida, llena de devociones y de miedo al infierno. No hablaba nunca, no sabía besar. Y mi padre, enfrascado en sus negocios y en sus libros, seco, con una autoridad de hierro. No se podía jugar en aquella casa. Yo vivía siempre encerrado como en una cárcel, mirando con lágrimas a los niños libres de la calle.

FLORÍN.—*(Conmovido.)*
Ricardo...

RICARDO.
Y luego, ese mundo con sus placeres y sus dolores... tan aburridos. *(Reacciona.)* Bueno está. No vaya usted a creer que finjo ilusionismos ahora para esconder una pena; folletines, no. Estoy alegremente desengañado, nada más. *(Jovial.)* Es mi alma de niño que resucita.

FLORÍN.
Sin embargo la casa de tu padre...

RICARDO.
Cosas muertas, don Florín; dejemos eso. *(A Pedrote, que cruza la escena.)* Tráeme el traje de gala, Pedrote.

FLORÍN.
¡El traje de gala! *(Sale Pedrote.)*

RICARDO.
Esta noche hay recepción; espero al presidente de nuestra república platónica. Si quiere usted saludarle...

FLORÍN.
Lo que yo voy a hacer es meterme en mi camita ahora mismo. ¡El presidente!... Sí que será un tipo.

RICARDO.
Maravilloso; un clown de circo que conoce la Biblia y las estrellas. ¿No recuerda usted..., hace años, en Marsella, un clown que embarcó con nosotros para Italia?

FLORÍN.
¿Samy?

RICARDO.
Papá Samy; el mismo. Le he escrito contándole nuestro proyecto y llamándole para hoy; seguro que no se hace esperar.

FLORÍN.
El demonio de Samy. ¿Y qué viene a hacer aquí ese trasto?

RICARDO.

A educarnos en la nueva vida. Imagínese; un hombre sin sentido, soñador y borracho. Es el presidente ideal para nosotros. *(Entra Pedrote y le entrega un traje de clown.)* Gracias. *(Sale Pedrote.)* ¿Y a su hija, la recuerda usted?

FLORÍN.
Apenas. Hace ya años de eso.

RICARDO.
Una muchacha extraña, con unos ojos verdes...

FLORÍN.
Sí. Que una noche se tiró al mar.

RICARDO.
Se cayó. Yo la saqué del agua medio ahogada ya. Después me besaba las manos y me llamaba padrino. ¿No recuerda usted? Pobre muchacha... Se murió aquel mismo año. Para el viejo Samy un golpe terrible. *(Jovial.)* En fin... *(Se pone el gorro y canta.)* "La donna é móbile — qual piuma al vento..." *(Transición.)* Chist; el fantasma.

DON FLORÍN, RICARDO y el FANTASMA

El Fantasma ha entrado, solemne en su vestidura blanca, y cruza la escena lentamente para salir en la dirección opuesta.

FLORÍN.
¡Cómo! ¿Qué broma es esta, Ricardo?

RICARDO.
¡Chist! Buenas noches, señor fantasma. ¿Qué, se va usted ya? Espere, siéntese un momento.

FANTASMA.—*(Solemne y desdeñoso.)*
¡Miserable mortal!

RICARDO.—*(Contento a don Florín.)*
¿Ha oído usted? Formidable; un fantasma de la vieja escuela. *(Al Fantasma.)* Enhorabuena, querido. ¡Qué espléndida voz de barítono para hablar de la inmortalidad del alma! *(El Fantasma estornuda y se aparta del ventanal.)* No tenga miedo; este señor es un amigo. ¿No quiere sentarse?

FANTASMA.
¡Miserable mortal!... *(Estornuda dos veces seguidas y pierde el tono.)* Esa ventana, hágame el favor.

RICARDO.
En seguida. *(La cierra.)* Venga, siéntese. Y no sea niño; está usted muy excitado. *(Le toma del brazo y le lleva hasta un asiento.)* Así.

FLORÍN.

Basta, Ricardo. ¿Son estas tus diversiones? Pues para ti; yo me marcho a la cama.

RICARDO.
Don Florín, ¡piense usted que está delante del más allá! ¡Qué dirá este señor!

FLORÍN.—*(Malhumorado.)*
¡Que se vaya al cuerno!

RICARDO.
¡Alto! Eso sí que no. *(Al Fantasma.)* Hable usted; confunda a este incrédulo.

FLORÍN.
¿No es una broma tuya?

RICARDO.
Se lo juro.

FLORÍN.
Pero entonces, ¿qué significa esto? Hable usted.

FANTASMA.—*(Acobardado.)*
Yo... ¿Y qué voy a decir yo después de ese estornudo?

FLORÍN.
¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

FANTASMA.
Eso digo yo: ¿quién soy yo?, ¿qué pinto yo aquí? Porque no es posible que yo sea un fantasma de verdad... Yo me llamo don Joaquín, y les juro a ustedes que soy incapaz de matar una mosca.

RICARDO.—*(Indignado.)*
¿Qué dice? ¿Es posible que no sea usted un fantasma serio?

FLORÍN.
Tú déjale. A ver, explíquese.

FANTASMA.
No sé cómo he podido resistir tantos días. ¡Tan feliz como he sido en esta casa!

FLORÍN.
Vamos, sin rodeos.

FANTASMA.
Perdónenme, tengo la cabeza loca. ¡Estoy tan débil! *(A un gesto de impaciencia.)* Yo vine a esta casa hace cuatro años; estaba desalquilada, y para que no viniera nadie a quitármela se me ocurrió esto de vestirme de blanco y pasearme con una antorcha por el salón. Pero inocentemente. ¡Qué sabía yo entonces de estas cosas! Cultivaba las berzas de la huerta, disponía de una buena biblioteca... Sobre todo las berzas. ¡Qué hermosura!

RICARDO.
¡Oh, cállese; qué asco! ¡Y yo que tenía tantas ilusiones en usted!

FLORÍN.
Siga.

FANTASMA.
Era el más feliz de los fantasmas. Pero vinieron estos señores, y aquí empezaron mis desventuras. Tenía que presentarme a ellos; y para eso no había más remedio que documentarse un poco. Y empecé a leer libros sobre la materia. ¡Qué libros, santo Dios! ¡Los pelos se me ponían de punta! Y empecé a adelgazar y a ver sombras por todas partes, a tener miedo de mí mismo. De noche era espantoso. Y ayer... no era una pesadilla; la casa se movía, daba vueltas; las paredes se tiraban contra mí. ¡Se lo juro; no era una pesadilla!

FLORÍN.
Ayer se bebió usted media botella de ron.

FANTASMA.
¿Sí? Caramba, con el daño que me hace... ¿Entonces hoy... ?

FLORÍN.
Hoy la otra media; está usted hecho una calamidad.

FANTASMA.
De todos modos...; en esta casa hay misterio. No me arriesgaría yo a vivir en ella solo ni una noche más.

RICARDO.
¡Qué vergüenza! ¡Es usted un fantasma de tercer orden, sin la menor dignidad!

FANTASMA.
Perdóneme; he sufrido mucho. Hace quince días que duermo en el desván, en un baúl americano. Además no como apenas; estoy a leche desde que ustedes vinieron.

RICARDO.
¡Cállese!

FANTASMA.
Señor, yo...

RICARDO.
¡Usted no merece ni mover los veladores de tres patas!

FLORÍN.
Vamos, no hay que ponerse así.

FANTASMA.
Déjele que me riña; está en su derecho. Y usted también. Pero no me abandonen.

RICARDO.
¿Y si lo abandonáramos?; ¿si le dejáramos solo en esta casa con todas esas sombras...?

FANTASMA.
¡No, por Dios! Ustedes no comprenden mi tragedia... *(Con espanto de sus propias palabras.)* Porque ahora, ¿quién me dice a mí que no soy un fantasma de verdad?

RICARDO.
¡Eh!

FANTASMA.
¡Quién me dice a mí que no me he muerto hace siglos, y que esto es un minuto de mi eternidad! ¿Eh?

RICARDO.
Hombre sí; no está mal eso.

FANTASMA.
¡Oh, dígame que no! Es espantosa esta duda...

RICARDO.—*(Cruel, después de reflexionar.)*
No cabe duda; usted está muerto.

FANTASMA.
¡Muerto!

RICARDO.
Completamente.

FANTASMA.
¡Pero no es posible..., si yo respiro..., si yo me llamo don Joaquín!...

RICARDO.
Alucinaciones. Muerto hace cien años. Usted es... Napoleón. A ver, ponga la mano así... Así, muy bien: Napoleón.

FANTASMA.—*(Como un eco triste.)*
¡Muerto...!

RICARDO.
¡Ah!, y aquí las cosas serias: o usted está muerto de veras o lo mato yo ahora mismo. Conque a empezar de nuevo y a olvidarse de sus berzas. Ya verá cómo llegamos a hacer de usted un fantasma decente. *(Llamando.)* ¡Pedrote!

FLORÍN.
Pero Ricardo...

RICARDO.
Silencio; por esta noche basta. *(Al Fantasma.)* Que usted descanse en paz.

FANTASMA.
Napoleón.

RICARDO.—*(A Pedrote que entra.)*
Acompaña a este señor; es el fantasma de la casa. Dale de cenar, y por esta noche que duerma contigo. Hala. *(Salen Pedrote y el Fantasma.)* Cuidado con ese árbol, mi general. *(El Fantasma se detiene y rodea. Ricardo se frota las manos contento.)* Esto se anima. ¿Ha visto usted? Otro que está fuera de la Geometría. Ya somos tres.

FLORÍN.
Hay para matarte. Y a ti te parecerá muy gracioso lo que has hecho con ese pobre hombre, ¿no?

RICARDO.
Nada de gracioso. He procurado darle una vida nueva y maravillosa; eso es todo.

FLORÍN.
¿Pero tú has visto qué cara de infeliz? Es capaz de morirse del susto. Vamos, recapacita un poco; déjate en paz de disparates.

PEDROTE.—*(Volviendo.)*
Señor, hay una sombra trepando a ese balcón.

RICARDO.
¿Trepando? *(Gozoso.)* El número cuatro, don Florín; ¡papá Samy está ahí!

FLORÍN.
¡Otro más, y entrando por la ventana! No, hijo; ya bastó. Buenas noches.

PEDROTE.
Por aquí. *(Salen don Florín y Pedrote.)*

RICARDO.—*(Ríe. Luego corre al balcón.)*
¡Papá Samy!

RICARDO Y SIRENA

SIRENA.—*(Con un grito de gozo.)*
¡Dick!

RICARDO.
¡Eh!

SIRENA.
¡Dick! *(Corre a él y le besa.)*

RICARDO.
Señorita...

SIRENA.
¡Al fin! ¡Cuánto tiempo ya! Te hice esperar mucho ¿verdad? No fue mía la culpa; me tenían presa, ¿sabes? ¡Y tú tan lejos! ¡No me besas, Dick!

RICARDO.
Perdón...; debo de estar aturdido..., no recuerdo.

SIRENA.
Yo tampoco apenas. ¡Ya hace tiempo, ya! Pero tú me querías. Y ahora ya estamos juntos. ¿No me besas, Dick?

RICARDO.—*(Después de una vacilación.)*
No. Espera...; es mejor así.

SIRENA.—*(Triste.)*
¡No me besas! *(Alegre otra vez.)* ¡Ah!, es porque tardé mucho, ¿verdad? No fue mía la culpa; no querían decirme dónde estabas. ¿Pero y tú? ¿Quién te dijo que iba a venir hoy? Porque tú me estabas esperando. Fue una idea muy delicada la tuya de plantar esas enredaderas del balcón para que yo trepara por ellas. ¿Y esta casa?; ¿es ésta nuestra casa? Muy negra, Ricardo; me gustaría más azul. Y muy grande para los dos solos; tendremos que recortarle todo lo que sobra... No, perdóname; si tú la prefieres así... Nuestra casa. *(En la ventana.)* ¡El mar! ¿Por qué tienes el mar tan lejos? No entrará nunca en la casa; no llegará hasta aquí. Verás, mañana mismo la corremos un poco hacia allá. ¡Que entren a gritos el sol y el mar! Y tendremos una terraza de algas. *(Otra vez a su lado.)* ¿Qué dices, Ricardo? No hablas, no me dices nada... *(Con miedo.)* ¿No eres tú Ricardo?

RICARDO.
Sí... soy Ricardo. *(Cogiéndola de los brazos.)* ¿Y tú?, ¿quién eres tú?

SIRENA.
¡Yo! *(Buscándose a sí misma.)* Yo soy una sirena.

RICARDO.
¿Quién te trajo aquí?, ¿cómo te llamas?

SIRENA.
Me llamo... eso; Sirena. *(Desprendiéndose de él.)* ¡Ah!, tú quieres engañarme, quieres decir que no me conoces para burlarte de mí. Pero no me engañas, Dick. Tú me quieres; tienes los ojos grandes. ¿Verdad que tú crees en mí?

RICARDO.
Sí... Pero si eres una sirena, ¿cómo estás aquí? ¿Vienes ahora del mar?

SIRENA.
No, ahora vengo de tierra adentro. He corrido mucho, muchas horas. Tenía miedo de que me siguieran. Estoy rendida.

RICARDO.

¿Y quién te dijo el camino de nuestra casa?

SIRENA.
¿Ves? Quieres engañarme. Me lo dijiste tú mismo. ¿Crees que no me di cuenta? Lo escribías para que lo supiera yo. Y por eso corrí. Ya ves que no pude venir antes. Pero estoy rendida. ¿Cuál es nuestra habitación? Quisiera descansar.

RICARDO.
Espera, no te vayas.

SIRENA.
¿Qué quieres?

RICARDO.
¡Júrame que eres una sirena!

SIRENA.—*(Riendo.)*
¿No lo sabes ya?

RICARDO.
Las sirenas cantan un cantar que ciega a los pescadores y a los marineros. ¿Lo sabes tú?

SIRENA.
Sí.

RICARDO.
Dímelo.

SIRENA.
No puedo, estoy fatigada. *(Yendo a la ventana.)* Está ya amaneciendo; la luz del día me cansa mucho.

RICARDO.
Espera.

SIRENA.
Quisiera descansar.

RICARDO.
Luego; ahora dime ese cantar.

SIRENA.
¿Y si ciegas, Ricardo?

RICARDO.
¡Dímelo!

SIRENA.
No lo recuerdo apenas. ¡Hace ya tanto tiempo que estoy en tierra! Pero lo siento aquí, dando aletazos como una bandera. ¿Cuál es nuestra habitación, Dick?

RICARDO.
Esa. Pero no vayas aún; yo no dormiré hoy.

SIRENA.
Eres cruel. *(Se sienta.)*

RICARDO.
Quiero saberlo.

SIRENA.
Después, cuando volvamos los dos al mar. ¿Quieres ahora dormir sobre mis rodillas?

RICARDO.
Sí; pero canta.

SIRENA.
Duerme. *(Ricardo apoya la cabeza sobre su regazo. Después de un silencio la voz de Sirena suena transfigurada.)*

Mi amado es para mí un manojito de coral
que reposa sobre mis pechos.
Yo dormía, pero mi corazón velaba,
y la voz de mi Amado me llamó:
hermosos son tus amores, Esposa mía,
y dulces como vino de las algas.
Tus besos saben a sal.

RICARDO.—*(Desasosegado.)*
¡Sirena!

SIRENA.

Mi Amado se hizo una barca de madera del Líbano;
sus remos hizo de plata
y sus arpones de amor.
Mi Amado apacienta en las anémonas,
y su rebaño de delfines
se prende en los anzuelos de su voz.

RICARDO.
¡Sirena!

SIRENA.

Mi Amado, es mío y yo suya.
La voz de mi amado me llamó:
¡Levántate, hermosa mía, Amiga mía,
ya amaneció en el mar!...
¡Yo me senté a la sombra de mi Amado
y su bandera, sobre mí, fue amor!

RICARDO.—*(Fascinado.)*

¡Sirena! ¡Sirena-Sulamita! *(La besa.)*

SIRENA.—*(Levantándose, transfigurada de gozo.)*
¡Me has besado, Ricardo! ¿Dirán ahora que yo sueño?, ¿dirán que no me quieres? ¡Me has besado! ¡Padrino!

RICARDO.
¿Qué dices? *(Avanza hacia ella.)*

SIRENA.
Déjame, no me quites ahora tu beso. ¡Es mío ya!

RICARDO.
¡No! ¡Ahora no te vas! ¡Ahora tengo que saber quién eres!

SIRENA.—*(Con un grito de espanto.)*
¡No me pegues! *(Ricardo se detiene. Transición.)* No me pegues tú también. Perdóname. Estoy rendida. *(Da la luz en la ventana.)* Mira, ya es completamente de día... Buenas noches.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar, algún tiempo después. De noche.
En escena, Pedrote solo: a poco entra el Fantasma, sigilosamente, vestido a la napoleona.

PEDROTE y FANTASMA

FANTASMA.
Pedrote.

PEDROTE.
¡Eh!, ¿cómo, usted aquí?

FANTASMA.
Perdóname; me aburro solo allá arriba.

PEDROTE.
El señorito tiene prohibido que salga usted de su desván hasta las doce campanadas de la noche. Todavía es temprano.

FANTASMA.
Ya sé, pero ahora no hay nadie.

PEDROTE.
Pueden llegar de un momento a otro.

FANTASMA.
Los sentiremos venir.

PEDROTE.
No, por Dios; me está usted comprometiendo.

FANTASMA.
Un ratito nada más, hombre. Allá arriba acabaré por volverme loco. ¡Tú sabes lo que es, a mis años, pensar que me he muerto en una isla y pasarme las noches hablando de la inmortalidad del alma! Es horrible.

PEDROTE.
Aprendiera buen oficio.

FANTASMA.
Mira, Pedrote, yo creo que tu señorito está chiflado.

PEDROTE.
¡Chiflado! Se dice excéntrico.

FANTASMA.
Y todos vosotros igual por seguirle el humor. Y a mí me estáis matando.

PEDROTE.
No será mía la culpa.

FANTASMA.
Pero, señor, ¿por qué no habíamos de dejarnos de músicas y vivir como Dios manda? ¡Ay, si tú quisieras recomendarme a Sirena!; el señorito Ricardo no es capaz de negarle nada.

PEDROTE.
¡Pero será posible que no esté usted conforme con su suerte!; ¿puede haber trabajo más descansado que el suyo?

FANTASMA.
No lo creas; demasiado intelectual. Yo haría mejor cualquier otra cosa; por ejemplo: la huerta está muy descuidada. Si el señorito quisiera tomarme de jardinero... ¿Por qué no se lo dices?

PEDROTE.
¡Bueno se iba a poner!

FANTASMA.
Quién sabe; inténtalo.

PEDROTE.
Ni hablarle de eso.

FANTASMA.
Todo podría conciliarse; yo plantaría un cuadrito de crisantemos, los regaría por la noche... El azadón de noche me sentará muy bien. ¿Eh?

PEDROTE.
No me atrevo... Usted es Napoleón.

FANTASMA.
Por lo que más quieras; no digas eso. Yo me llamo don Joaquín.

PEDROTE.
Pero aquí es Napoleón. El señorito no esta dispuesto a tolerar otra cosa. Y váyase, se lo ruego; imagínese que llegaran ahora.

FANTASMA.
Mira, Pedrote, tú eres un buen muchacho...

PEDROTE.
Por Dios, mi general.

FANTASMA.
Don Joaquín; llámame don Joaquín. Tú tienes un corazón que no te cabe en el pecho, y si tu quisieras...

PEDROTE.—*(Alerta.)*
Calle... ¡Ellos son!

FANTASMA.
¡Ellos!

PEDROTE.
Ya suben. ¡Hala, al baúl!

FANTASMA.
Voy. *(Deteniéndose.)* Pedrote, acuérdate de mí.

PEDROTE.
Haré lo que pueda, descuide.

FANTASMA.
Estoy muy solo arriba; si luego puedes subir un rato...

PEDROTE.
Iré. Pero, pronto, salga.

FANTASMA.—*(En la puerta.)*
Y si pudieras llevar una baraja...

PEDROTE.
¡Chist! *(Sale el Fantasma.)*

PEDROTE, SIRENA y DANIEL

SIRENA.—*(Llevando del brazo a Daniel.)*
Aquí. *(A Pedrote.)* ¿No vino Ricardo?

PEDROTE.
Todavía no; pero no tardará. Salió con don Florín, y don Florín quiere acostarse temprano.

SIRENA.
¿Marcha por fin mañana?

PEDROTE.
Ya tiene el equipaje dispuesto.

SIRENA.
¡Qué bien! ¿Has oído, Daniel? Se marcha. *(Sale Pedrote.)*

DANIEL.
Te alegras, ¿eh?

SIRENA.
Sí; me alegro; estoy muy contenta.

DANIEL.
¿Qué te ha hecho don Florín? Le tienes rencor.

SIRENA.—*(Transición.)*
¡Rencor! ¡Oh, no!, ¿por qué? Pero no estoy bien a su lado; me da miedo. Tiene los ojos pequeños.

DANIEL.
Don Florín es bueno.

SIRENA.
Sí; es bueno. Además quiere mucho a Ricardo. ¿Había yo de tenerle rencor? Pero no sé... cuando él está delante no me atrevo a hablar, ni a mirarle. Tiene los ojos pequeños, Daniel. No son como los de Ricardo, como los tuyos...

DANIEL.
¡Cómo los míos! ¿Y qué sabes tú cómo son mis ojos?

SIRENA.
Pues, grandes, azules... ¿Cómo van a ser? ¿A que sí?

DANIEL.—*(Después de una vacilación.)*
Sí.

SIRENA.
¿Ves? Se te conocen en la voz. ¿Por qué los llevas siempre vendados? ¡Dejar de ver las estrellas y los ojos de los demás! *(Pausa.)* Oye, ¿qué fue lo último que viste?

DANIEL.—*(Lentamente.)*
Una explosión de grisú. Todavía guardo aquí dentro el recuerdo del fuego, las desgarraduras con carbón, los gritos...

SIRENA.
¡Oh! *(Se cubre la cara con las manos.)*

DANIEL.
Cierras los ojos, ¿verdad? También yo desde aquel día.

SIRENA.
¿Y por qué vivir con esa imagen, Daniel? Hay tantas cosas hermosas en el mundo. Mira, ahora mismo, el mar... ¿Por qué no te quitas la venda un momento? Un momento sólo.

DANIEL.
No.

SIRENA.
Sin quitártela; la levantas un poco nada más.

DANIEL.
No.

SIRENA.
¿No quieres ver el mar?

DANIEL.
Ya lo conozco. Lo recuerdo.

SIRENA.
Pero a mí no me conoces. *(A su lado.)* ¿Tampoco quieres conocerme a mí?

DANIEL.
También a ti te conozco.

SIRENA.
¡Oh, oh, me conoces!... ¿Cómo soy?

DANIEL.
Azul.

SIRENA.—*(Sorprendida.)*
¡Azul! *(Ríe.)*

DANIEL.
Toda azul, con una risa blanca.

SIRENA.—*(Ríe más.)*
¡Blanca y azul! ¡Soy blanca y azul!

DANIEL.
Los dos gestos del mar.

SIRENA.—*(Deja de reír y queda un momento en silencio.)*
¡Ah! Daniel, perdóname; creí que habías dicho una tontería. Ya no me río.

DANIEL.—*(Sonriente.)*
Gracias, Sirena. *(Pausa.)* ¿Quieres ahora llevarme a la terraza?

SIRENA.—*(Ensimismada.)*
Los dos gestos del mar.

DANIEL.

Sirena.

SIRENA.
¿Qué?

DANIEL.
Quería ir a la terraza. ¿Prefieres tú estar sola?

SIRENA.
No, voy contigo. *(Le toma del brazo.)* Blanca y azul. *(Viendo entrar a Ricardo.)* ¡Dick! *(Corre a su encuentro y al ver a don Florín se detiene.)*

DICHOS, RICARDO y DON FLORÍN

RICARDO.
Sirena, ¡ah!, no quieres sorprendernos nunca. Te aguardábamos allá en el mar, entre la espuma. ¿No sabes ya nadar?

SIRENA.
Estuve con Daniel... Ahora íbamos a salir.

RICARDO.
¿Ahora que llegamos nosotros?

SIRENA.
Ahí nada más; a la terraza... Pero si tú me mandas quedar...

RICARDO.
No, no; mandarte, no. Ve. *(Salen Sirena y Daniel.)*

RICARDO y DON FLORÍN

RICARDO.
Sirena huye porque está usted aquí; le tiene miedo.

FLORÍN.
Sin embargo, yo no la quiero mal.

RICARDO.
No importa. Ha adivinado en usted un enemigo de la libertad y de la fantasía. En este caso un enemigo personal, porque Sirena es la libertad y la fantasía mismas. ¿No se queda usted un rato?

FLORÍN.
Tengo que madrugar mañana. Pero si has de hablarme de Sirena me quedaré. *(Se sienta.)* ¿Quién es esa mujer, Ricardo?

RICARDO.

No es una mujer, querido; es una sirena.

FLORÍN.
Mira déjame de historias; lo que dice ella y lo que te empeñas en decir tú no me importa. Lo que yo quiero es la verdad.

RICARDO.
¡La verdad! ¡Siempre lo mismo! *(Se encoge de hombros.)*

FLORÍN.
¿Es posible que no la sepas?

RICARDO.
¿Para qué?

FLORÍN.
¿Es posible que tengas en tu casa a una mujer a la que te has entregado en cuerpo y alma y de la que no sabes absolutamente nada?

RICARDO.
¿Y qué más quiero saber? Es mía, es una sirena, es toda fantasía. ¿Puedo pedir más?

FLORÍN.
Mucho más; todo lo que falta. Y si no lo has pedido ya, es porque tienes miedo.

RICARDO.
¿Miedo?

FLORÍN.
No quieras jugar con tus sentimientos, Ricardo. Tú estás enamorado de Sirena. ¿Vas a negármelo a mí?

RICARDO.
Pongamos que no lo niego. ¿Qué hay con eso?

FLORÍN.
Que el amor necesita la verdad.

RICARDO.
El mío no. Yo amo en Sirena lo maravilloso.

FLORÍN.
Al principio. Pero te dejaste arrebatar demasiado. Hoy quieres a la mujer de carne y hueso; la quieres con toda tu alma y todos tus sentidos, y te da miedo quererla así porque no la conoces. ¿Quién es Sirena?, nada sabes.

RICARDO.
Ni me importa.

FLORÍN.

Palabras. Pero tus sentimientos acabarán por arrollarte, y ese día querrás saber. Sólo te deseo, Ricardo, que lo que entonces encuentres sea digno del amor que pones en ello.

RICARDO.
Gracias, don Florín. Pero Sirena es una deliciosa mentira que no estoy dispuesto a cambiar por ninguna verdad.

FLORÍN.
¿Y si fuera una vulgar aventurera que trata de seducirte?

RICARDO.
Por Dios...

FLORÍN.
¿Y si debajo de su ropaje fabuloso no hubiera nada? ¿Si cuando tu amor la busque no encuentras mas que el vacío?

RICARDO.
¡Oh!, es la primera vez que le oigo disparatar. Usted acabará siendo de los nuestros.

FLORÍN.
Bien, bien; no hablemos más. Tú no quieres conocerla; yo sí. No he podido tratarla apenas; ya ves que me huye y se esconde. Pero algo he visto, y lo que me falta por saber lo averiguaré muy pronto.

RICARDO.
Si eso le divierte... *(Hace un gesto de indiferencia y enciende un pitillo. Pausa.)*

FLORÍN.
¿Por qué no te vienes conmigo, Ricardo? Deja esto; aún estás a tiempo de salvarte.

RICARDO.
¿Volver a la ciudad?

FLORÍN.
Tienes una familia.

RICARDO.
¡Ah!, sí; la tía Águeda... Y sus gatitos blancos con lazos.

FLORÍN.
¡Pero el mundo no es eso sólo! Tus proyectos de arte... *(Ricardo rechaza con un gesto.),* tus viajes...

RICARDO.
Nada; no me canse.

FLORÍN.

En fin... Te dejo con pena, Ricardo. No te auguro nada bueno en esta casa encantada donde hay fantasmas en los baúles, y hombres que viven ciegos para inventar colores, y sirenas que entran de noche por las ventanas. Mucho me temo que hayas arriesgado lo mejor de tu alma en un juego peligroso. *(Pausa.)*

RICARDO.
¿Se va mañana decididamente?

FLORÍN.
No puedo quedar más.

RICARDO.
Siento que se vaya usted sin ver a papá Samy.

FLORÍN.
¡Ah!, sí; el clown de circo. *(Con intención.)* El padre de aquella muchacha que se cayó al mar.

RICARDO.
El mismo.

FLORÍN.
... y que se murió poco después.

RICARDO.
¿Por qué lo dice usted con ese tono?

FLORÍN.
No, por nada.

RICARDO.
Ya me extraña su tardanza. Lo esperaba la misma noche que llegó usted.

FLORÍN.
La misma noche que llegó Sirena también.

RICARDO.
También.

FLORÍN.
Ya recuerdo, ya. *(Reflexivo.)* Qué coincidencia; esperabas a un clown de circo y entró una sirena "trepando" por las enredaderas del balcón.

RICARDO.
No veo la coincidencia.

FLORÍN.
Lo digo por lo de trepar, que es una habilidad de circo.

RICARDO.

Y de mar.

FLORÍN.
Y de mar, cierto. De todos modos, sería curioso buscar una relación a estas dos cosas: imaginar una sirena educada en un circo.

RICARDO.
¡Ah, don Florín, hombre de poca fe! Usted se empeñará siempre en buscar explicaciones mezquinas a todas las cosas hermosas.

FLORÍN.
Gracias. Pero escucha: ¿Sirena no te dijo un cantar...?

RICARDO.
¡El Cantar de los Cantares!

FLORÍN.
Y aquel hombre de circo, Samy, ¿no era un lector fanático de la Biblia?

RICARDO.
¿Qué quiere usted decir?

FLORÍN.
¿No sacaste tú a su hija del mar?

RICARDO.—*(Nervioso, cogiéndole de un brazo.)* ¡Don Florín, la hija de Samy murió!

FLORÍN.
Y si murió su hija, ¿no puede él haber adoctrinado en la farsa a otra mujer para divertirse? O acaso peor; para tender un anzuelo a tu voluntad y a tu fortuna. ¡Ah, Ricardo, si quisieras bajar un momento de las nubes!

RICARDO.
¡Oh, no! ¿Qué cosa torpe acaba usted de sospechar? No se trata de una farsa ensayada por Samy; Sirena no es ninguna aventurera a sueldo. ¡Y no miente amor; me quiere! ¿Cómo puede usted pensar otra cosa?

FLORÍN.
¿Y te quería ya el primer día? ¿Y por qué se esconde? ¿Qué clase de mujer es esa que llega de noche, ocultándose, a entregarse a un desconocido?

RICARDO.—*(Violento.)*
¡Calle!

FLORÍN.
Bien, Ricardo; es inútil que hablemos más. No tengo más remedio que marchar mañana; pero espero que has de llamarme pronto. Ahora, ¿quieres oírme un último consejo?

RICARDO.—*(Terminante.)*
No.

FLORÍN.—*(Levantándose.)*
Hasta mañana, Ricardo. *(Inicia el mutis.)*

RICARDO.
¡Don Florín!

FLORÍN.
¿Hablarás por fin, muchacho? Dime.

RICARDO.
No..., nada..., hasta mañana. *(Don Florín va a salir a tiempo que entra Sirena.)*

DICHOS y SIRENA

FLORÍN.
Señorita Sirena, no esperaba tener el placer de volver a verla antes de marchar. Parece que se esconde de mí... *(Sirena, con la cabeza baja, balbucea palabras de disculpa.)* ¿Quiere darme la mano? Volveremos a vernos; no sé si como amigos o como enemigos. En todo caso..., de corazón. *(Le besa la mano y sale. Sirena lo mira ir y corre hacia Ricardo.)*

SIRENA y RICARDO

SIRENA.
Se marcha mañana ese hombre, ¿verdad? ¿De qué hablabais, Dick? Estás triste. *(Se sienta a sus pies, cogiéndole las manos.)* ¿Te ha hecho sufrir don Florín?

RICARDO.—*(Le rodea el cuello con un brazo y sonríe.)*
No, Sirena; don Florín es un buen amigo; déjale.

SIRENA.
Me da miedo; quiere hacernos algún mal. Se burla de nosotros con esos ojos pequeños. ¿Qué te decía?

RICARDO.
Nada; tonterías. ¿Qué quieres que diga una persona razonable?

SIRENA.
Pero tú estás triste. ¿Qué te ha dicho? ¿En qué piensas?

RICARDO.
En ti, Sirena.

SIRENA.
¿Y te pone triste pensar en mí?

RICARDO.

Algunas veces.

SIRENA.
¿Por qué?; nunca me lo habías dicho.

RICARDO.—*(Pausa. La mira a los ojos.)*
¿Tú me quieres Sirena? ¿Me quieres... de verdad?

SIRENA.—*(Sorprendida.)*
¡Si te quiero! ¿No había de quererte, Ricardo? ¿Por qué me preguntas eso?

RICARDO.
Por nada; no me hagas caso.

SIRENA.
¿Te ha dicho don Florín que yo no te quería?

RICARDO.
Ya pasó. ¡Ea, no hablemos de ello! ¿Dónde estuviste hoy?

SIRENA.
Salí al monte con Daniel. Muy lejos..., ya apenas se veía el mar; pero como el paisaje era verde...

RICARDO.
¿No te gusta el monte?

SIRENA.
Sí; está bien.

RICARDO.
¿Qué tal si nos fuéramos a vivir allá?

SIRENA.
¿Los dos solos?

RICARDO.
Solos.

SIRENA.
Entonces sí. Pero ¿por qué vivir en el monte?

RICARDO.
Me da miedo el mar; te atrae demasiado. Pienso que cualquier día querrás volver a él y me dejarás.

SIRENA.
¡Dejarte! Cuando yo vuelva al mar iremos juntos. ¿No me quieres tú? Pues juntos. Es otra vida aquella, más azul y mejor que la del monte. Ya verás. ¿No vendrías conmigo?

RICARDO.
No sé.

SIRENA.
¿No tienes fe en mí?

RICARDO.
Sí.

SIRENA.
Entonces vendrás. ¿No habías de venir? El fondo del mar es como el monte, Dick; igual que el monte, con el cielo más bajo. ¡Verás qué felices somos allá! Tendremos una casita en lo más hondo con tiestos de madreperla en las ventanas y un palomar de delfines. Y las noches claras saldremos a ver los barcos que pasan por arriba moliendo con la hélice las estrellas. ¿No vendrías, Ricardo?

RICARDO.—*(Con un impulso repentino.)*
¿Dónde has aprendido a hablar así?

SIRENA.
¡Ricardo!

RICARDO.
¿Dónde?

SIRENA.
No me mires de ese modo...; no pareces tú.

RICARDO.
¿Quién eres, Sirena? *(Cogiéndola de un brazo.)* ¿Quién eres?

SIRENA.
Me haces daño. Suelta. *(Se desprende de él y va a sentarse lejos.)*

RICARDO.—*(Después de una vacilación, a su lado.)*
Escucha.

SIRENA.
Me has hecho daño.

RICARDO.
Perdóname; no quise hacértelo.

SIRENA.
¿Y por qué me mirabas así? Esos ojos no eran los tuyos. ¿Y por qué me preguntas esas cosas?

RICARDO.
Es que quiero conocerte.

SIRENA.
Pero ya me conoces. ¿No me conocías ya antes? ¿No me esperabas cuando llegué?

RICARDO.
Sí; creo que ya antes te he conocido alguna vez. Pero ¿dónde?, ¿cuándo?

SIRENA.
Fue en el mar.

RICARDO.
No, no me hables así ahora. Ya sabes que estoy enamorado de tu fantasía y de tus palabras. Pero hoy no me bastan. Esta vida arbitraria que nos hemos creado empieza a marearme.

SIRENA.
No te entiendo.

RICARDO.
Si yo te mirara hoy como te miraba el primer día sólo te pediría mentiras para ser feliz contigo. Pero... es que te quiero, Sirena. Es que te quiero de verdad.

SIRENA.
De verdad, claro. ¿Es que se puede querer de otra manera?

RICARDO.
Como yo te quería antes. Como me querías tú a mí.

SIRENA.
Pero yo siempre te he querido de verdad, Ricardo.

RICARDO.
No juguemos. Después, mañana... Pero ahora déjame pedirte una verdad.

SIRENA.
Di.

RICARDO.
¿Quién te trajo aquí? *(Silencio.)* ¿No quieres contestarme?

SIRENA.
No me hagas sufrir...

RICARDO.
¿Pero no ves que yo sufro también? Te quise al principio, porque parecías un sueño, y ahora me da miedo pensar que de verdad no seas más que un sueño y que te desvanezca la luz. Y es que te quiero... ¡Te quiero como no me imaginaba capaz de querer a nadie, con toda la fuerza de mis entrañas! Pero ¿quién eres?, ¿cómo eres de verdad?

SIRENA.
Soy blanca y azul.

RICARDO.
¡Oh, tú quieres volverme loco!

SIRENA.
Sigue, Ricardo, lo otro; lo que decías antes.

RICARDO.
No me desesperes. No quieras esconderme la mujer de alma y de carne que hay en ti.

SIRENA.
Ya la conoces. Todo lo que yo tenía de alma y de carne te lo di.

RICARDO.
¡Eso!, pero ¿y por qué? ¿Por qué desde el primer día?

SIRENA.
¡Te lo debía!

RICARDO.—*(Febril.)*
¡Mentira! ¿A quién estás obedeciendo? Por última vez Sirena, ¡piensa que te he entregado lo mejor de mi alma!; ¡piensa que puedes ser la madre de un hijo mío!

SIRENA.
¡Un hijo! ¡Qué bien, Ricardo! Verde y amargo, mi niño...

RICARDO.—*(Desesperado.)*
¡Ea, basta de farsa! Me perteneces toda y tu secreto contigo. *(Cogiéndola violento.)* ¡Habla!

SIRENA.—*(Medrosa.)*
¡Ricardo!

RICARDO.
¡Te lo exijo; ni un momento más de oscuridad! ¿Quién eres?

SIRENA.—*(Espantada.)*
¡No me pegues!

RICARDO.
¡Sirena!

SIRENA.
¡No me pegues!

RICARDO.
¡Oh, es demasiado! *(La aparta de sí. Sirena, derribada, llora en silencio.)* ¿Quién te ha pegado nunca? ¿A qué viene ese miedo animal y sin sentido? ¡Es demasiado! *(Pasea agitado.)*

SIRENA.—*(Lentamente.)*
¡Me has pegado, Ricardo! ¡Tú tienes los ojos grandes y sin embargo... me has pegado también! ¿Por qué me llamaste aquí si no habías de quererme bien? *(Inconscientemente ha puesto los brazos en cuna.)* ¡Ah, un hijo bueno, con dos ojos grandes como dos rebanadas de sol! *(Meciendo.)* ¡Un hijo de Ricardo... para mí...! *(Angustiada, tendiendo los brazos.).* ¡Un hijo, Ricardo, un hijo!

RICARDO.—*(A su lado.)*
¡Sirena!

SIRENA.
Así, en mis brazos... ¡Niño, niño...!

RICARDO.
Pero, mujer loca...

SIRENA.
Quiéreme mucho, Dick. Mírame.

RICARDO.
Te quiero, Sirena; te quiero con toda mi alma.

SIRENA.
¡Así! ¡Dímelo más; dímelo otra vez!

RICARDO.
¡Ea, no llores! He sido brutal.

SIRENA.
Di que me quieres.

RICARDO.
Perdóname.

SIRENA.
Di que me quieres.

RICARDO.—*(La mira con ternura y la besa.)*
Te quiero.

SIRENA.
Gracias, Dick. Ahora déjame ya; no quiero que me veas llorar.

RICARDO.
Pero no te vayas, espera.

SIRENA.
No, no quiero que me veas llorar.

RICARDO.

Escucha.

SIRENA.
No me veas; no quiero que me veas. *(Sale.)*

RICARDO.
¡Sirena! *(Entra el Fantasma, solemne, la mano al pecho.)*

FANTASMA.
¡Salud astral, humano! Ya dieron las doce campanadas. Tam... Tam...

RICARDO.—*(Le aparta sin mirarle.)*
¡Sirena! *(Sale tras ella.)*

FANTASMA.
Bien; esta noche no hay función. Muy bien. *(Llama.)* ¡Pedrote! *(Entra Pedrote seguido de Samy. Samy viste traje azul de circo con un gabancillo echado encima y un gorro cómico blanco.)*

PEDROTE, SAMY y FANTASMA. Luego RICARDO

PEDROTE.
Pase. Puede esperar aquí un momento; voy a buscarle. *(Sale por donde Ricardo.)*

FANTASMA.
Pues sí, parece que va a haber función. *(Samy se ha sentado en una silla con las piernas juntas en actitud reflexiva. Pausa.)* ¡Soldados: desde la cumbre de esas pirámides cuarenta siglos contemplan vuestro valor!

SAMY.—*(Natural.)*
Buenas noches.

FANTASMA.
No he hecho efecto. *(Se acerca.)* Usted creerá que está hablando con Napoleón, ¿verdad? Y que me he muerto en una isla, ¿eh? Sí, sí..., eso dicen. Pero la verdad es que yo me llamo don Joaquín. Así como suena. ¿Eh, qué tal?... ¿Eh? *(Poniéndole una mano en un hombro.)* Oiga, amigo.

SAMY.—*(Saludo mecánico de caja de sorpresas.)*
Buenas noches. *(Vuelve a su mutismo.)*

FANTASMA.
¡Ahora caigo; usted es el señor Samy! No puede usted imaginar con qué impaciencia le espera don Ricardo. Ya sabía por él que era usted un hombre alegre y muy disparatado. Aquí somos muy disparatados todos. Todos. Caramba, caramba, el señor Samy... También yo le esperaba con impaciencia. Don Ricardo dice que usted me enseñará a dar el salto mortal de vuelta... Como él se empeña en que el de ida ya lo di... Cosas suyas. Es un gran señor don Ricardo. ¿Eh? *(Viendo que no le hace el menor caso.)* ¡Granito! *(Entra Ricardo.)*

RICARDO.—*(Grave.)*
¡Samy!

SAMY.—*(Levantándose.)*
¡Ricardo!

FANTASMA.
¡Soldados; desde la cumbre de esas pirámides ...

RICARDO.
¡Fuera! *(Sale el Fantasma.)* ¿Quién es esa mujer?

SAMY.
¿Está aquí?

RICARDO.
¿Quién es?

SAMY.
Dámela. ¡Es mi hija!

RICARDO.—*(Irónico.)*
Muy torpe, Samy. Piénsalo mejor... Tu hija murió.

SAMY.
¿Te dije eso? Quizá...; lo digo a todo el mundo. Y en realidad... como si se hubiera muerto. Pero yo la quiero. ¡Dámela!

RICARDO.
¡Ea, a cara descubierta! ¿Qué pretendes de mí?

SAMY.
Nada. Quiero a Sirena.

RICARDO.
Inútil.

SAMY.
¡Es mi hija!

RICARDO.
Mientes.

SAMY.
¡Te lo juro, Ricardo!

RICARDO.
¿Por qué la mandaste? ¿Qué te proponías?

SAMY.
¡Yo! ¿Y qué sabía yo? La he buscado todos estos días. Creí que se había tirado al mar como la otra vez..., cuando la salvaste tú. ¿Te acuerdas? No había sido una caída, no... Desde entonces te recordaba a todas horas...

RICARDO.
¡Samy!, mírame bien... ¿No me engañas?

SAMY.
¿Por qué había de mentirte a ti? Se escapó de casa el día que llegó tu carta. Yo mismo se la leí; y, sin embargo, hasta hoy no tuve la sospecha de que hubiera venido a buscarte. Hoy lo vi claro, de repente. ¡La pobre... te recordaba con tanto cariño! Está enamorada de ti, ¿verdad?

RICARDO.
Eso no importa; que mienta o que me quiera de verdad, no importa. Pero es mía... ¡La quiero yo! ¿Me oyes, viejo? Y por encima de vuestras farsas está toda mi sangre. Ya lo sabes. ¡Ahora, vete!

SAMY.
¡Dámela!

RICARDO.
¡No!

SAMY.
¡Ricardo!

RICARDO.
Basta. ¡La quiero y soy el más fuerte!

SAMY.
Pero no es posible que la quieras. Tú no eres un infame... *(Ronco, mirándole a los ojos.)* ¿Es que no lo has visto, Ricardo?... Sirena está loca.

RICARDO.
¡Loca! ¿Qué dices?

SAMY.
Lo estaba ya entonces, pero yo no lo supe hasta después.

RICARDO.
¡No es posible!

SAMY.
Se habla tirado al mar porque decía que la llamaban sus hermanas de allá. Y luego, siempre el mar. El mar y tú. ¡Siempre!

RICARDO.—*(Tapándose la cara entre los brazos.)*
¡Dios!

DICHOS y SIRENA

SIRENA.—*(Corriendo a los brazos de Samy.)*
¡Papá Samy!

SAMY.
¡Hija!

SIRENA.
¡Por fin me descubriste! ¡Ah si hubiera podido borrar los caminos! Pero no me llevarás, ¿verdad? *(A Ricardo.)* ¿Viene a llevarme? ¡Oh, no lo consientas, Dick! *(Le tiende los brazos. Ricardo retrocede instintivamente.)* ¡Ricardo! *(Ricardo retrocede más.)* ¡Ricardo! *(Angustiada.)* ¿Qué es esto? ¿Has sido tú, papá Samy? ¡Tú! ¿Qué le has dicho? *(Desgarrada, abrazándose a sus rodillas.)* ¡No le creas..., es mentira! ¡Es mentira!...

TELÓN

ACTO TERCERO

En el mismo lugar.
En vez de las luces coloristas y fuertes de los actos anteriores
hay una tenue luz blanca íntima.
En escena, don Florín, Daniel y Pedrote.
Don Florín pasea agitado. Daniel, con los ojos vendados, está sentado aparte.

FLORÍN.
Me lo temía. Iba todo demasiado bien. ¿Y no te dijo ese hombre cómo se llamaba?

PEDROTE.
No, señor.

FLORÍN.
¿No pudiste saber tampoco por qué preguntaba con tanto interés?

PEDROTE.
Tampoco. Debe de conocer mucho al señor Samy y a su hija. A don Ricardo, no; ni su nombre sabía.

FLORÍN.
Es extraño. ¿Se lo has dicho a Samy?

PEDROTE.
Sí, señor.

FLORÍN.
¿Y qué?

PEDROTE.
Se puso muy pálido; hasta me pareció que temblaba. Y luego quiso saber todo: dónde había sido, qué señas tenía el hombre, cómo vestía...

FLORÍN.
Es preciso que yo vea a Samy inmediatamente. ¿Está en casa?

PEDROTE.
Sí, señor.

FLORÍN.
Llámale. Que venga.

PEDROTE.
En seguida. *(Sale. Entra el señor Fantasma y cruza la escena para salir en la dirección opuesta. Viste un traje viejo, holgado, como esos niños que llevan siempre arreglado un traje de su padre.)*

DON FLORÍN, DANIEL y FANTASMA

FANTASMA.
Buenas tardes. Buenas tardes, don Daniel.

FLORÍN.
¿A la huerta otra vez?

FANTASMA.
Otra vez y siempre. ¡Oh, si viera usted qué huerta más hermosa voy a dejar en poco tiempo! He arreglado ya la empalizada para las gallinas. Y un cuadrito de berzas que es una bendición de Dios. Y las flores... una delicia.

DANIEL.
Fortunatus nimium agrícolas!

FANTASMA.—*(Volviéndose sorprendido.)*
¿Eh?

DANIEL.
Nada.

FLORÍN.
Dice Daniel que dichoso tú.

FANTASMA.
¡Ah! Bueno. Don Daniel puede que no lo diga muy en serio. Pero sí, dichoso. Esto es vivir, y no aquello de antes. Yo, Dios me perdone, le tengo a don Ricardo un respeto como a un padre. Más. Pero aquella vida era un disparate.

FLORÍN.
Es posible.

FANTASMA.
Era mucho Napoleón y mucha fantasía. Y luego un miedo... ¡Si no podía pegar los ojos! Sería muy divertido, como decía don Ricardo; pero yo me hubiera muerto en dos meses. En cambio, ahora. Da gusto volver a vestirse de persona, y sentirse uno vivo de verdad, y salir a la luz del sol. Además, ¿no sabe usted?... ¡La señorita me llama don Joaquín!

FLORÍN.
¡Ah!

FANTASMA.

Es tan buena... Ahora voy a prepararle un ramo de flores. Lo hago todas las tardes, y todas las tardes me da las gracias. ¡Eh, como si yo fuera alguien! ¡Está mejor la señorita Sirena?

FLORÍN.
María. Se llama María.

FANTASMA.
Es verdad, nunca me acuerdo; como antes...

FLORÍN.
Antes era todo distinto. Sí, está mejor.

FANTASMA.
Y acabará por curarse del todo. Usted es un sabio, don Florín; lo que usted no consiga... Un sabio y un santo.

FLORÍN.
Por Dios... *(Sonriente.)* Anda, vete a tu huerta; vuelve a tus flores... y a tus berzas.

FANTASMA.
Sí, ya iba... Y perdonen. ¡A mi huerta! Buenas tardes, don Daniel. *(Sale haciendo una reverencia a Samy que entra.)*

DON FLORÍN, DANIEL y SAMY

FLORÍN.
¿Te ha avisado Pedrote?

SAMY.
Sí.

FLORÍN.
Dice que esta mañana se le acercó un extraño, un hombre de mala catadura, preguntándole con mucha insistencia...

SAMY.
Sí, sí, ya sé.

FLORÍN.
Y bien, ese hombre parece que te conoce mucho. ¿Quién es? *(Samy titubea mirando a Daniel.)* Habla, es lo mismo.

DANIEL.
¿Estorbo?

FLORÍN.
No. ¿Quién es?

SAMY.
Ese hombre es Pipo. Estoy seguro.

FLORÍN.
Bien. ¿Y quién es Pipo?

SAMY.
El amo; el del circo.

FLORÍN.
Me lo temía. El empresario, ¿verdad?

SAMY.
El mismo. Nos ha descubierto y viene a buscarnos, le conozco bien.

FLORÍN.
Pero, ¿con qué derecho?

SAMY.
Con el de la fuerza.

FLORÍN.
Pues no admito semejante derecho. Tendrá que volverse.

SAMY.
¿Volverse él? Usted no sabe quién es Pipo.

FLORÍN.
Sea el que sea; no me importa.

SAMY.
Es todo soberbia y voluntad. Yo le he visto matar a un hombre de un puñetazo porque puso en duda sus músculos. No hay que hacerse ilusiones, don Florín. Ya ve que se trata de mi hija, y sin embargo estoy temblando sólo de pensar que él pueda llegar.

FLORÍN.
¿Tienes miedo?

SAMY.
Sí, lo tengo. Si no fuera por Sirena, yo no me hubiera atrevido nunca a desobedecer la menor de sus palabras; no puedo resistir aquel gesto, aquellos ojos fríos, pequeños... No es por mí; soy ya muy viejo. Pero ¿y Sirena?

FLORÍN.
Sirena, ¿qué?

SAMY.
Él viene a buscar lo suyo. Se la llevará por encima de todos.

FLORÍN.

¿Qué quieres decir?

SAMY.—*(Ronco.)*
Sirena... es suya.

FLORÍN.
¡Eso no! ¿Qué dices?

SAMY.
Yo la hubiera defendido contra el mundo entero. Contra él no podía. La tomó para sí porque le gustaba; era su voluntad.

FLORÍN.
¡Dios! ¡Pero y tú, Samy, y tú!...

SAMY.
Yo ¿qué iba a hacer? Sirena, afortunadamente, no podía comprender; nada podía dolerle porque de nada tenía conciencia. Sólo en la carne se la podía herir... Y Pipo también lo hacía.

FLORÍN.
¡Samy!

SAMY.
Le pegaba porque la quería. Eso decía él.

FLORÍN.
¡Oh, calla! Es odioso lo que estás diciendo.

SAMY.
Después se arrepentía y la besaba mucho. Y nos daba cerveza.

FLORÍN.
¡Os daba! ¡Y tú le habías visto pegar a tu hija! ¡Y sabías cómo estaba!

SAMY.
También me pegaba a mí. Era el hércules del circo y el empresario; tenía la fuerza y el dinero. También cuando estaba de buen humor le regalaba joyas. Usted no entiende de esto, don Florín; no sabe usted cómo se llega a tener un dominio así sobre un hombre; por el hambre, por la fatiga, por el miedo. Ese es Pipo. Y está ahí a buscarnos. ¿Comprende? No es por mí...; ¡qué importo yo! Pero ¿y Sirena, que empezaba a vivir, curada de su locura, en un amor y en una casa, con Ricardo...? ¿Eh?

FLORÍN.—*(Poniéndole las manos sobre los hombros.)*
Me das lástima, Samy... y asco. ¡Cobarde!

SAMY.
¿Qué era yo contra él? Ni sostenerle una mirada puedo.

FLORÍN.

Y si no podías tú, ¿no hay una ley?

SAMY.
Ya sé. Pero a él le meterían en la cárcel unos días. Y yo en la calle para siempre. Y me quitarían a Sirena para encerrarla... ¡Siempre! Sí... hay una ley...

FLORÍN.
Bien está... ¿A Ricardo le has dicho?

SAMY.
A él no me atreví a confesarle todo; pero me temo que lo sospeche.

FLORÍN.
Que no sepa más. Tú vete, haz lo que quieras; pero Sirena es nuestra y nosotros la defenderemos. Imposible que ella vea a Pipo; sería echar a rodar todo lo hecho. Y Ricardo tampoco. Si ese hombre llega, yo le recibiré.

SAMY.
¡Usted!

FLORÍN.
Yo. Tú vete.

SAMY.
Voy. *(Inicia el mutis.)* ¡Y yo... yo soy el padre! ¡Cobarde! *(Sale.)*

FLORÍN.
¿Ha oído usted, Daniel?

DANIEL.
Todo.

FLORÍN.
¡Dios... Dios!

DANIEL.—*(Con voz tranquila.)*
Dígame, don Florín, ¿por qué se empeña usted en curar a Sirena?

FLORÍN.
¡Cómo!

DANIEL.
¿Cree usted que es un bien devolverle la razón y abrirle los ojos otra vez a este mundo sucio que la rodea?

FLORÍN.
No sé... En todo caso, es mi deber.

DANIEL.

Deber. Bien, pero muy cruel. ¡La vida fue tan piadosa con ella! Le dio, a cambio de esto, todo un mundo de fantasía para refugiarse en él. ¿Por qué se lo quita usted?

FLORÍN.
Porque es mentira.

DANIEL.
Si ella lo cree.

FLORÍN.
Aunque lo crea.

DANIEL.
Allá usted, don Florín.

FLORÍN.
Mire, Daniel, ahora tal vez le diera la razón; pero mañana me arrepentiría. Si emprendí la curación de Sirena fue porque Ricardo me lo pedía con gritos del alma. Y cuando le devolví las primeras luces y fui adivinando la verdad de su vida a través de sus ramalazos de razón, sentí espanto de mi propia obra. Vi bien lo que le quitaba y lo que le iba a dar en cambio. ¿Cree usted que no dudé? Pero no importa: Ricardo la quiere. Que la quiera tal como es; yo no puedo hacer otra cosa.

DANIEL.
Allá usted, don Florín.

FLORÍN.
Mentirle no; por dura que sea la verdad, hay que mirarla de frente. *(Junto a él con intención.)* ¿Me oye, Daniel?; por dura que sea. De nada sirve vendarse los ojos.

DANIEL.—*(Angustiado.)*
¡Calle! *(Recobrándose al sentir pasos.)* Buenas tardes, Ricardo. *(Sale.)*

DON FLORÍN y RICARDO

RICARDO.
Su equipaje está listo. Ahora va Pedrote a preparar el coche.

FLORÍN.
No corre prisa.

RICARDO.
¿No se marcha esta tarde?

FLORÍN.
Ya no.

RICARDO.
¿Ha ocurrido algún trastorno? ¿Sirena...?

FLORÍN.
María. No tengas miedo; María va bien. Pero he de esperar; quiero observarla aún.

RICARDO.
Siendo así...

FLORÍN.
Puede ya considerarse fuera de peligro. Pero con tiento, Ricardo; una recaída ahora sería fatal. No tengo confianza en ti.

RICARDO.
Yo, pobre de mí, ¿qué puedo hacer? Si no me permite usted ni verla apenas.

FLORÍN.
Ya habrá tiempo. Y tú haces muy mal enfermero. El otro día, contra todas mis prohibiciones, la llevaste a dar un paseo a la orilla del mar. Por la noche la encontré peor; ese azul, ese olor de algas la marea, la vuelve a sus delirios de antes.

RICARDO.
Perdón, no me di cuenta.

FLORÍN.
Y aquí mismo, ¿qué hace esa ventana abierta? Entra el rumor del mar. *(Ricardo la cierra.)* También eso la marea; le da vértigos todo. Es preciso que cuando yo me marche sea en la seguridad de que mis órdenes se cumplen; que ni en los gestos ni en las palabras, ni en los vestidos siquiera, haya nada que no sea simple y natural. Y no le llames Sirena, por lo que más quieras.

RICARDO.
Sí, sí, se hará.

FLORÍN.
Hasta en las luces; nada de luces verdes y rojas; esta luz blanca... y el sol mejor que nada.

RICARDO.
Lo que usted diga.

FLORÍN.
Y si fuera posible, otra casa, en el monte... Un hogar. Esta, con ese aire de brujería, le destroza los nervios a cualquiera.

RICARDO.
Todo lo que sea preciso. Todo, con tal de devolverle la razón.

FLORÍN.
La razón... ¡Cómo la pides ahora! También antes pedías la locura y cuando la encontraste no tuviste más que instinto para volverte atrás.

RICARDO.
Ya pasó. No hablemos más de eso.

FLORÍN.
Dichosamente. Pero piensa en aquel tu afán de deshumanizar la vida, y mira a los demás. Lo que para ti era un simple juego de ingenio era para ellos dolor; operabas sobre carne viva. Y no viste la locura de María, ni el hambre miserable de Samy, ni siquiera la tragedia pueril de ese pobre Fantasma que tenía miedo de su propia sombra y se moría de fe por los desvanes.

RICARDO.
No necesita decirme nada, don Florín; ya lo he medido todo.

FLORÍN.
Y tus sentimientos... ¿los has medido también?

RICARDO.
También.

FLORÍN.
¿Y quieres a María? ¿Estás seguro?

RICARDO.
Con toda mi alma.

FLORÍN.
Pues bien; ya te la voy a devolver curada. Pero... pudiera ser que la verdad que vas a encontrar ahora sea bien triste.

RICARDO.
Como sea.

FLORÍN.
¿La quieres de todos modos?

RICARDO.
Basta. ¡La quiero! *(Entra Sirena.)*

FLORÍN.
Ahí la tienes. *(Bajo.)* Despacio Ricardo. *(Jovial.)* Hola, Maruja. ¿Como anda esa cabecita?

SIRENA.
¡Oh, bien!; muchas gracias.

FLORÍN.
¿Ya no hay mareos?

SIRENA.
Nunca me sentí mejor. Ahora quisiera trabajar un poco en esta lana. ¿Puede ser?

FLORÍN.
Bien. Sin esforzar mucho la atención, ¡eh! *(Sirena le estrecha las manos. A Ricardo.)* Despacio. *(Sale.)*

SIRENA y RICARDO

SIRENA.
¿No te molesto?

RICARDO.
¡Oh, no! ¿Por qué?

SIRENA.
Don Florín me dice siempre que estás tan ocupado. Yo también; mira. *(Muestra su labor: unos zapatitos de lana blanca.)* Tanto tiempo que no hacía estas cosas; creí que se me había olvidado. Se me olvida todo; no sé lo que me pasa.

RICARDO.
Cansancio; estás todavía muy débil.

SIRENA.
Todavía. ¿Y desde cuándo? Muy larga ha debido de ser mi enfermedad; todos habláis de ella como de una cosa de siempre. ¿Estabas ahora haciendo algo?

RICARDO.
No...; pensaba.

SIRENA.
¿Qué pensabas?

RICARDO.
Una cosa que quería consultar contigo. Dime: ¿te gusta esta casa?

SIRENA.
Sí...

RICARDO.
Con franqueza. ¿No te gustaría más una casa en el monte, con árboles?

SIRENA.
Sí, eso sí; y con mucho silencio. Esta es tan... rara. Yo recuerdo mi casa de antes, con papá Samy. ¡Aquélla sí que era triste! Tenía una luz verde... Papá bebía cerveza y se sentaba en el suelo a tocar la guitarra; y se le caían las lágrimas. Después me leía un libro grande que hablaba de Dios.

RICARDO.—*(Inquieto.)*
No pienses en eso.

SIRENA.
Lo recuerdo a veces. Eso, y otras cosas; todo como si lo hubiera soñado. Y me ocurre que no sé separar lo que es verdad y lo que es mentira. Porque hay cosas... *(Se queda fija, con un esfuerzo de memoria.)* Hay cosas que no pudieron ser verdad.

RICARDO.—*(Detrás de ella, le pasa la mano por la frente con ternura.)*
No pienses, no te esfuerces.

SIRENA.—*(Le coge las manos sin mirarle.)*
Pero si es mentira, ¿cómo lo sueño tantas veces? Unos ojos fríos, pequeños... Y un látigo en la mano...

RICARDO.
Deja, no pienses más, Sirena.

SIRENA.
Sirena... ¿Por qué me llamas así? ¿No te gusta mi nombre?

RICARDO.
Sí, es muy bonito: María.

SIRENA.
María es un bonito nombre; tan sencillo... Y Sirena... ¿Quién se llamaba así?

RICARDO.
Cualquiera, ¿qué importa?

SIRENA.
Sirena...

RICARDO.
¡Ea, basta!; es preciso que no te esfuerces en nada. Y no trabajes tampoco; deja eso.

SIRENA.
No, esto hay que acabarlo pronto. Puede hacer falta cualquier día.

RICARDO.
¿Qué, esto?

SIRENA.
Esto; unos zapatitos de lana, para que tenga los pies bien abrigados.

RICARDO.
¿Qué estás diciendo?

SIRENA.
Yo he visto una vez un niño llorando con los pies negros de frío. Me dio una lástima... Y el nuestro no, no quiero que llore.

RICARDO.

¿Pero de quién hablas?

SIRENA.
Del hijo.

RICARDO.
¡El hijo!

SIRENA.
Yo me río de don Florín y de lo que sabe. Dice que estos mareos... que si el olor del mar y de las algas. Pero las mujeres sabemos de esto más que los médicos. El mar..., bueno está él. Y esto que siento yo dentro de mí...

RICARDO.
¡Un hijo! *(Poniendo una mano crispada sobre la labor.)* Pero entonces, ¿de quién?

SIRENA.
¿De quién? *(Angustiada.)* ¿Qué quieres decir, Ricardo?

RICARDO.—*(Con un esfuerzo.)*
Perdón... no sé lo que digo... Trabaja.

SIRENA.
Trabaja, trabaja... *(Queda inclinada sobre la labor. Trabaja. Entra el señor Fantasma con un ramo de flores frescas.)*

DICHOS y el FANTASMA

FANTASMA.
Señorita... No me atrevía a llegar hasta su cuarto. Total, no merece la pena. Son unas flores... Pero yo..., como las cultivo yo...

SIRENA.—*(Tendiéndole la mano.)*
Es usted muy bueno conmigo. Gracias, don Joaquín.

FANTASMA.—*(Puerilmente conmovido.)*
Así..., don Joaquín. Parece que no es nada... ¡Y da un gusto oírlo! *(Le besa la mano. Saliendo.)* Don Joaquín... Don Joaquín... *(Sale.) (Sirena acaricia sus flores. Hay una pausa larga.)*

SIRENA.
Mucho callas, Ricardo.

RICARDO.
No...; pensaba.

SIRENA.
¡Pensabas! ¿Por qué me tratas así?

RICARDO.
¡Yo! ¿Qué te hago yo?

SIRENA.
¿Ves? Se te escapa el mal humor en todo.

RICARDO.
No lo creas; estaba pensando.

SIRENA.
Pues yo también. ¿Y sabes lo que pensaba? Que no me quieres. Te estorbo.

RICARDO.
Basta; no me gusta que hables así.

SIRENA.
Pero si no me quieres has hecho muy mal en traerme aquí engañada. ¿Qué hago yo aquí? Yo no soy tu mujer, ni tu hermana... ¿Qué hago yo aquí? ¿Y desde cuándo estoy aquí?

RICARDO.
¡Oh, calla!...

SIRENA.
No soy tu mujer... Y voy a tener un hijo. ¿Qué significa esto, Ricardo? ¡Ah, me habéis engañado todos, y decíais que me estabais curando! ¿De qué?

RICARDO.
¡Por lo que más quieras, Sirena!

SIRENA.
¿Y por qué me llamas Sirena? Ya antes me llamaste así otra vez. No os entiendo. Todos, todos me estáis ocultando algo. Y es preciso que yo sepa. *(Exaltándose.)* ¿Por qué te da miedo que vaya a tener un hijo? Y antes..., antes..., ¿por qué me preguntaste que de quién? *(Abrazada a él.)* ¡Ricardo! ¿Por qué?

RICARDO.—*(Loco.)*
¡Porque no es mío! ¡Porque es de todos los canallas que hicieron banquete de tu locura! ¡No es mío!, ¿lo oyes? ¡Ni tuyo apenas! ¡Y te quiero! ¡Te quiero por encima de todo!

DICHOS y DON FLORÍN. En seguida PEDROTE en la puerta opuesta

FLORÍN.—*(Severo.)*
¡Ricardo!

RICARDO.—*(Se recobra.)*
Perdón...

SIRENA.—*(Vencida* por *un dolor físico.)*

¡Oh, hijo!...

PEDROTE.
Señor, el hombre ese...

FLORÍN.—*(Atajándole enérgico.)*
¡Que espere! *(Sale Pedrote.)*

SIRENA.
No ha sido nada, don Florín.

FLORÍN.—*(Rápido.)*
¡Por tu alma, Ricardo, llévala!

SIRENA.—*(Saliendo sostenida por Ricardo.)*
Cómo muerde... cómo me muerde este hijo mío.

DON FLORÍN y PIPO

FLORÍN.
¿Quién le ha autorizado para pasar?

PIPO.
Nadie, es verdad. Ya me ha dicho ese del chaleco encarnado que esperara. Pero yo no estoy hecho a esperar en ninguna parte. Voilá. ¿El amo de la casa, me hace el favor? Ese señorito Ricardo.

FLORÍN.
Ese señorito Ricardo no puede recibirle a usted.

PIPO.
Me lo esperaba. Ya me temía yo que el del chaleco había cantado.

FLORÍN.
Usted me hará el favor de decirme a mí lo que desea.

PIPO.
Perdón. ¿Es usted el apoderado?

FLORÍN.
Le ruego que no siga por ese camino. Ese lenguaje me lo sé de memoria, y es de muy mal gusto. Nos entenderíamos mejor en cualquier otro.

PIPO.
Agradeciendo. También yo me he rozado con las personas, no crea.

FLORÍN.
¿Qué quiere usted?

PIPO.
Antes, permítame que me presente. Yo soy Pipo, empresario del Circo Palace, gran cinturón de la reina de Inglaterra...

FLORÍN.
Ya lo sabía.

PIPO.
¿Y usted?

FLORÍN.
Yo, da lo mismo.

PIPO.
Mucho gusto.

FLORÍN.
Le he preguntado que qué quiere.

PIPO.
Por partes. Yo, cosas del oficio, soy bastante bruto...

FLORÍN.
Se ve.

PIPO.—*(Cortado un momento.)*
¿Sí?... Pues sí, muy bruto; mucho. Y muy razonable. Las dos cosas. Conque puede usted escoger.

FLORÍN.
Sin rodeos.

PIPO.
Como el agua. Ustedes tienen secuestrada aquí una mujer que es mía. Sí, señor, mí-a. Y al señorito ese parece que le ha gustado. No me opongo; a mí también. Pero yo ya la he tenido mucho tiempo, y no es mujer para tanto.

FLORÍN.
Acabe.

PIPO.
Pues, señor, si le he dicho que es mía y que estoy harto de ella... Moraleja: que si me la pagan bien... *(Don Florín da un paso hacia él, Pipo lo detiene con la contera del bastón.)* Dispense; hemos quedado en que las cosas claras.

FLORÍN.
¡Pagar dice usted! ¡Y usted se atreve!

PIPO.

Yo digo lo mío. Voilá. Y no hay que ofenderse; también pude haberme ofendido yo y venir en plan de pasional. Pero si es preciso, todo se andará.

FLORÍN.
Deje las amenazas; no es camino.

PIPO.
Me alegro; también yo prefiero el otro.

FLORÍN.
Pues aquí ninguno de los dos. Aquí no entendemos de comprar mujeres.

PIPO.
Será usted. Pero por ahí anda escondido un señorito que puede que le convenga. Dígale que salga, hombre; que no me lo voy a comer.

FLORÍN.
¡Ese hombre no se esconde de nadie!

PIPO.
¿Por dónde se pasa?

FLORÍN.—*(Delante de él.)*
¡No se pasa!

PIPO.
¿Me lo va impedir usted?

FLORÍN.
Yo.

PIPO.
¡Oh, mon gigoló! *(Va a hacerle una carantoña. Don Florín le coge la mano.)* Quita. *(Le empuja. Entra Samy; ha bebido y viene borracho de vino y de miedo, barbotando compases de La Marsellesa, con un látigo en la mano.)*

DICHOS y SAMY. Después RICARDO

SAMY.
Allons enfants de la patrie...

PIPO.
¡Atiza, Samy! Segundo número.

SAMY.
¡Sí, Samy! ¿Qué te parece? Soy el padre, ¿sabes? Y vengo a abrirte la cabeza.

PIPO.
Como una cuba. Lo de siempre.

SAMY.
Esa cabeza de buey, ¿te enteras? ¡Yo!

FLORÍN.
Vete, Samy.

SAMY.
¡No me voy! Que yo tenía una hija y Pipo tenía un látigo... ¿Comprendes, viejo? Y hoy traigo yo el látigo... y... traigo el látigo... y... *(Llega junto a Pipo y cae de rodillas.)* ¡No! ¡Perdóname, Pipo!

PIPO.—*(Empujándole.)*
¡Imbécil!

SAMY.
No quise hacerte mal. Es que he bebido, y... y traigo un látigo, y... y... *(Queda derribado, amodorrado contra unos almohadones.)*

PIPO.
El padre, ahí tiene usted. ¡Es toda una familia! También ese trasto es mío; pero ése se lo regalo.

FLORÍN.
¡Salga usted de aquí!

PIPO.
Necesito ver a Sirena.

FLORÍN.
¡Eso, no!

PIPO.
O al señorito. A usted le asusta mucho soltar la plata, ya se ve. Y no es para tanto; no voy a pedir la luna... Ya comprendo que la pobre..., como está así...

FLORÍN.—*(Abalanzándose a él.)*
¡Canalla! *(Aparece Ricardo, desencajado, esforzándose en serenarse.)* ¡Ricardo!

PIPO.
Servidor.

RICARDO.—*(Breve, llegando hasta Pipo.)*
Salga.

PIPO.
Oiga, joven.

RICARDO.
Sirena está ahí, ¿me oye? Si le ve, si da usted una voz siquiera, lo mato.

PIPO.
Eso...

RICARDO.
Por mi alma que lo mato aquí mismo. *(Sin gritos. Con una firmeza honda. Pipo siente que dice la verdad.)* Salga.

PIPO.—*(Buscando una posición más airosa.)*
Tampoco hay que ponerse así, hombre... Yo venía razonablemente...

RICARDO.
Ni un momento más.

PIPO.
Está bien. *(Retrocede.)* Entonces..., supongo que volveremos a encontrarnos...

RICARDO.—*(Terminante.)*
¡Fuera!

PIPO.
Pues, hasta la próxima... No dirán luego que ha sido mía la culpa. Servidor. *(Sale.)*

RICARDO, DON FLORÍN y SAMY. Luego DANIEL

FLORÍN.
Ricardo, hijo...

RICARDO.
La verdad... Hay que mirarla de frente. ¿No es eso lo que usted manda?

SAMY.—*(Amodorrado.)*
Le jour de gloire est arrivé...

RICARDO.
Este hombre... Samy. *(Le sacude.)*

FLORÍN.
Déjale; está borracho.

SAMY.
¿Qué? ¿Se ha ido? ¡Y yo...!

FLORÍN.
Vete, Samy; enciérrate en tu cuarto.

SAMY.
Voy... voy... Y yo... yo que traigo un látigo... ¡El padre! Allons enfants... *(Sale tropezando con Daniel, que entra.)*

RICARDO.
¡La verdad!

DANIEL.
¿Qué va diciendo Samy?

RICARDO.
¡Es bien triste la verdad, don Florín! Pero tiene usted razón; por dura, por amarga que sea... *(Exaltado.)* ¿Lo oyes, Daniel? ¡Y tú, cobarde, que te vendas las ojos para no ver! *(Le arranca la venda.)* ¡Mira tú también de frente!

DANIEL.—*(Rígido.)*
¡Ricardo!

RICARDO.—*(Mirándole los ojos blancos, sin expresión.)*
¡Ciego!

DANIEL.
¿Por qué lo has hecho? ¿Qué daño te hacía yo? Si era una ilusión olvidarlo... *(Tendiendo las manos.)* Dame. *(Se vuelve a poner la venda.)* No lo digas a nadie... No lo digas a nadie... *(Sale.)*

RICARDO.
¡Ciego!

FLORÍN.—*(Amargo.)*
¡Ya lo sabía!

RICARDO.
Pero esto es horrible... ¿Y es esta la verdad? ¿Siempre? ¿Es esto lo que usted quería devolver a Sirena? ¡Ah, no, no será! Gracias, don Florín, por lo que quiso hacer. Pero váyase. ¿No se marchaba esta tarde? ¡Pues váyase ya! Yo destruiré su obra otra vez punto por punto. ¡Y con qué alma, con qué alegría nueva! *(Gritando.)* ¡Sirena! ¡Sirena! *(Abre la ventana de par en par.)*

FLORÍN.
¡Loco! ¿Qué vas a hacer?

RICARDO.
¡Lo que Daniel! ¡Vendarla otra vez! ¡Suelte!

FLORÍN.
¡No!

RICARDO.
¡¡Sí!! *(Se desprende con violencia. Entra Sirena.)* Váyase. *(Sale don Florín.)*

SIRENA.
¿Qué ocurre? ¿Por qué gritas así?

RICARDO.
¡Ven! ¡Mía sólo!

SIRENA.
¿Por qué reñías a don Florín?

RICARDO.
¡Porque te quiero! Son malos todos esos hombres... Don Florín también... ¡Querían engañarte, devolverte la conciencia de una vida encanallada y sucia!

SIRENA.
¡Oh!, ¿quién... qué dices?

RICARDO.
¡Y es mentira! ¡Tú eres una sirena, eres blanca y azul! ¿No ves: el mar?

SIRENA.—*(Con una fuerza de instinto.)*
¡Suelta!

RICARDO.
Volveremos al mar cuando tú quieras. Tengo una barca mía. Saldremos por la noche... *(Enciende una luz verde fuerte.)*

SIRENA.—*(Desosegada.)*
El mar..., el mar...

RICARDO.
Iremos a nuestra casa del fondo, ¿no te acuerdas?... Una terraza de algas y un palomar de delfines...

SIRENA.
Sí... recuerdo, recuerdo...

RICARDO.
"Mi Amado se hizo una barca de madera del Líbano..." ¡Sus remos hizo de plata y sus arpones de amor!

SIRENA.—*(Escondiendo la cara entre los brazos.)*
¡Oh, calla! *(Cae rendida en una butaca.)*

RICARDO.
Ven.

SIRENA.
¡No! Por tu alma, Ricardo...; me estalla la cabeza, me siento morir... Esa luz. Apaga.

RICARDO.
No tengas miedo... Nos espera el mar. ¡Juntos en él para siempre!

SIRENA.
No. Ya estuve una vez... Es un abismo amargo. Y ahora... *(Cruza los brazos sobre el vientre y estalla en sollozos.)* ¡Hijo mío!

RICARDO.
Sirena.

SIRENA.
¡Por él, Ricardo; no me lleves! Esa ventana... *(Ricardo vacila.)* ¡Por él! *(Ricardo cierra.)* Ahora..., junto a mí. No me lleves...

RICARDO.—*(Vencido.)*
¡Mujer...!

SIRENA.
Es el hijo, ¿comprendes? ¡Si no fuera por él...! A la otra casa, sí, en el monte, con árboles y en silencio. No es nada...; el mareo... *(Reclina la cabeza en el asiento.)* Esa luz... *(Entorna los ojos. Ricardo apaga.)*

RICARDO.
Ahora, sí; ahora hay que curarla por encima de todo. *(Vuelve junto a ella.)* Duerme. *(Besándole las manos con una ternura infinita.)* María... *(Telón.)*

FIN DE "LA SIRENA VARADA"